



HISTORIA DE UN AMOR

Mónica Ledesma

HISTORIA DE UN AMOR



Primera edición: marzo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mónica Ledesma

ISBN: 978-84-18544-90-3

ISBN digital: 978-84-18544-91-0

Depósito legal: M-6404-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mis hijos:
Daniela, Dulce, y José Manuel.*

*Bienaventurado aquel que conserva el brillo de la libertad;
porque en ella está la salvación.*

ÍNDICE

CAPÍTULO 1 EXTRAÑA INFANCIA.....	11
CAPÍTULO 2 CONOCIENDO EL AMOR.....	15
CAPÍTULO 3 NAVIDAD SIN TI.....	23
CAPÍTULO 4 RECONCILIACIÓN.....	27
CAPÍTULO 5 PERSECUCIÓN Y MUERTE.....	51
CAPÍTULO 6 NUEVA VIDA.....	69
CAPÍTULO 7 SURGIENDO DE NUEVO EL AMOR.....	75
CAPÍTULO 8 FINAL UNIÓN ETERNA.....	85

CAPÍTULO 1

EXTRAÑA INFANCIA

Durante una fría mañana un 30 de octubre de 1990 en un bello pueblo llamado Pátzcuaro, despierto maravillada al escuchar el hermoso sonido de los verdosos árboles, como ya era costumbre en mí, me levantaba muy temprano, ya que me encantaba jugar y salir a saludar a los vecinos que en ese entonces tanto me adoraban, aunque en ocasiones debo aceptar que mi madre quien lleva por nombre Daniela Velázquez, se molestaba bastante conmigo por inquietarlos, pero al paso de las horas siempre se contentaba y terminaba bromeando conmigo. Esa fría mañana era mi cumpleaños, emocionada pensaba sigilosamente «al fin, cumpla cinco años». Somos cuatro los que integramos esta familia, mi madre a quien ya he mencionado, mi padre llamado Álvaro Cervantes, quien por ahora se encuentra trabajando, haciendo negocios, y no llega sino hasta el anochecer, mi hermano, Luis Armando y por supuesto yo, «Ana Catalina».

Mi historia, comienza a partir del recuerdo más cercano que viene a mi mente.

Eran grandes tiempos, solíamos ser una grandiosa familia con los valores por delante, en esa época aún no poseíamos una cuantiosa fortuna, pero si vivíamos en una cómoda casa, llena de diversos árboles, flores y animales.

Cada atardecer sin excepción solía jugar con mi perrita llamada Cascabel, mi amiga, mi compañera, juntas recorriamos largos caminos con un colorido papalote, siempre contenta, cantando, saltando y bailando con mi Cascabel querida. Mientras explorábamos juntas las calles me gustaba sentir los cálidos rayos del sol bajo mi piel; sin dejar de lado, a todas esas personas que solía encontrarme a lo largo del camino saludándome y regalándome dulces por doquier, supuestamente para endulzar mi corazón. «Eran vecinos excepcionales los de aquella época». Todo lo que admiraba a mi alrededor quedaba pasmado en mi memoria. Era un ser libre en toda la extensión de la palabra.

Mi padre trabajaba demasiado, ocupado en la granja de la familia, casi no lo veíamos, mi hermano era siete años mayor, estudiaba y, a consecuencia de ello, realmente poco se notaba su presencia.

Mi única compañía era mi madre, quien siempre estaba feliz al ser testigo de mis travesuras; a ella le encantaba verme cantar y bailar con mi perrita, y por qué no decirlo, acompañada y rodeada de un fantástico público; que en ese entonces eran las mascotas de mi sagrado hogar.

Prácticamente eran grandes tiempos. Al paso de un año más o menos, mi familia comenzó a tener más y más dinero, pronto nos mudamos a un rancho que mi padre había comprado en las afueras del pueblo, dejando de esta manera atrás a todas esas extraordinarias personas con quien compartía cuentos y aventuras de locuras en Júpiter.

Ingenuamente llegué a pensar que mi vida seguiría igual o más feliz, desgraciadamente no era así.

Al llegar al rancho... era una maravilla comparado con nuestra antigua casa, pero... mi familia, al pasar el tiempo

poco a poco se fue separando, ya no eran los mismos. «El dinero y la posición los había cambiado completamente».

Para variar, mi perrita había fallecido a los pocos meses, y yo... yo comenzaba a sentirme cada vez más sola; los vecinos que tenía de los ranchos cercanos eran engréidos, no me parecía en lo absoluto que las personas tuviesen ese tipo de actitudes, así que aprendí a crecer por mí misma. Mientras eso sucedía, la gran sonrisa inigualable que yo poseía fue desapareciendo.

Todos cambiamos, para bien o para mal. Tal vez nunca termine de comprender cómo el dinero y el poder puede llegar a cambiar de una forma tan drástica a las personas.

Aún no logro discernir del todo, el sentido del bien y del mal, no sé si estoy loca, o sea consecuencia de mi infortunio, o realmente existan seres espirituales.

Al poco tiempo de la muerte de mi perrita, durante las noches sin excepción alguna, llegaban a mi recámara una señora con un largo vestido negro, de tés blanca, labios rojos y carnosos con una belleza inigualable, acompañada de una hermosa viejecita, nunca me hicieron daño, supongo que eran solo unos ángeles que acudían a mi cuidado.

En el transcurso, intenté contárselo a mi familia, tontamente pensé que me creerían, pero no fue así, todo lo contrario, me juzgaron de loca, o de querer llamar la atención; me decían que había sido «un mal sueño», pero... yo sabía que no era así, y que algún día tendría una explicación a todo lo ocurrido. Decidí dejar el tema de lado. Yo seguía viendo a esos misteriosos seres velando mi sueño, nunca les temí, ya eran parte de mí.

Así pasé casi toda mi infancia, acompañada de mis fantasmas, en una vida solitaria apartada de los demás.

Ante lo sucedido creció en mí una gran fe, por ende, me acerqué a Dios, con quien hablaba sin falta antes de irme a la cama, a él, podía contarle lo que había hecho durante el día, mis secretos, mis ilusiones, mis planes, él no me fallaba nunca. En respuesta a estos hechos, surgió dentro de mí, la necesidad de servirle fielmente, «quería ser religiosa», entrar en un convento era mi mayor sueño.

Crecí bajo el yugo del desamparo, atrapada en la monotonía, siempre era la misma historia, de la casa a la escuela y viceversa, debo decir que mi infancia fue un poco extraña; nunca logré encajar en ningún medio, mucho menos en el círculo social de mi familia, que tanto me decía amar.

Al correr los años, un día simplemente los fantasmas desaparecieron, no pude verlas más, me quedaba pensar que ya me habían cuidado lo suficiente, ya era toda una jovencita para comenzar a hacerlo por mí misma. Me sentía rara... como si hubiesen arrancado una parte complementaria de mí.

—¡Quién lo diría! a mi vida le esperaba un total infierno; un infierno provocado por mi propia sangre.

CAPÍTULO 2

CONOCIENDO EL AMOR

Ha pasado el tiempo muy deprisa, tengo 14 años, casi cumpla los 15, acudo a la Escuela Secundaria, falta poco para terminar el año en curso. He crecido sola, atendida por los empleados, mi familia parece no tener tiempo para mí, debido al trabajo y, a la convivencia con su imponente círculo de amistades. Comprendo perfectamente su rechazo, siempre he sido considerada una persona extraña en el ámbito de las ambiciones.

Es tiempo de hablar con ellos acerca de mis sueños. ¡Qué nervios!

Por fin es la hora de la cena, tengo que decirlo:

—Familia, tengo algo que decirles, escúchenme, sé que todavía no soy mayor de edad, pueden pensar que soy una niña nada más. Pero, aun así, ya no puedo callar, hoy debo confesar lo que tanto he deseado durante años, quiero ingresar a un convento, necesito de su apoyo para lograr mi mayor anhelo.

—Comenté en ese instante esperando no me diesen la espalda.

—¡Jamás!, no avergonzarás de tal manera a nuestra familia.

—Contestó con voz fuerte mi madre y su mirada penetrante.

—No queremos que vuelvas a hablar sobre este tema, que te quede bien claro que nunca te apoyaremos, seguirás estudiando. Pero olvídate de estas tonterías, mientras vivas en nuestra casa harás lo que te dicemos.

—Comentó mi padre, lanzando su puño sobre la mesa.

Me quedé consternada al ver que siendo personas creyentes se avergonzaban de mi decisión, no supe qué decir en su momento, los labios me temblaban al ver que ya todo estaba dicho. Qué más podía hacer alguien como yo, que apenas va saliendo del caparazón. Por tanto, opté por guardar silencio, cené con el corazón herido y no pronuncié ni una sola palabra más. En mi hermano, podía notar a simple vista una risa burlona en su patético rostro, pareciera como si le diese muchísimo gusto verme sufriendo, incliné la mirada hacia abajo y me retiré.

«Qué difícil resulta estar encerrada en esta habitación, me siento tan sola, triste y desesperada, no sé qué más hacer para luchar por mis sueños y no dejarme llevar por lo que dicen mis padres. Desde chiquilla he tenido el inmenso deseo de entrar en un convento y servir fielmente a mi señor, mis padres no lo aceptan, tengo que obedecer sus órdenes, soy débil ante esta situación. ¡Oh, Dios! ¿Qué hago?, perdóname, he fallado a mi juramento».

A pesar de haberme resignado a sus absurdos ideales, decidí continuar con mis estudios en preparatoria. Nunca hubiese imaginado que la vida me tenía preparada una grata sorpresa que marcaría mi destino más allá de la oscuridad.

Era inicio del ciclo escolar, yo estaba nerviosa, caminaba directo al salón de clases, cuando de repente, noté de reojo que alguien me observaba, como toda persona única, nunca me agradaron los piropos ni insinuaciones visuales, en un

principio me molesté bastante porque no soportaba a los hombres si no era como solo amigos, así que solo pensé: «que igualado y atrevido, una bofetada es lo que merece».

Después de algunos días aprendí a convivir con algunas compañeras, en ocasiones salía con ellas, pero... a pesar de todo, seguía sintiendo un enorme vacío dentro de mí, mi vida no estaba completa, aún tenía unas ganas inmensas de servir a Dios obrando en pro de su palabra, en fin, para bien o para mal, las cosas siempre pasan por algo.

Era un lunes, tenía clases de geografía, pero el profesor no había podido asistir a la escuela, todo el grupo era un caos, excepto yo. Ese día estando sentada junto a la ventana del salón, sentí una presencia sobre mi espalda, mi corazón se paralizó de nervios, mis manos temblaban sudorosas y cuando di vuelta atrás para ver quién estaba ahí, era él, era ese joven que me había visto fijamente días atrás, y ahora lo hacía de nuevo con sus ojos castaños almendrados, era como si se iluminaran tanto como los míos tratando de resolver un misterio del olor que emanaba su tibia esencia. Marchándose quedito y un poco engreído se retiró guardando bajo llave sagrada cualquier palabra de su boca.

Al día siguiente, desconozco si por cuestiones del destino, el profesor nuevamente faltó a clases. Mientras los compañeros jugaban o se iban de parranda, nosotros dos nos encontrábamos sentados, enfocando nuestras miradas como si fuéramos uno solo en época de otoño donde las hojas caen, tal cual, como lo hacía mi pose de piedra al sentir su presencia.

¡Oh! de pronto, se acercó con una peculiar sonrisa diciéndome: «hola».

En consecuencia, yo respondí algo tajante: ¿qué se te ofrece? Con mi expresión él bien pudo retirarse, sin embargo,

no fue así, sino todo lo contrario. Me agradó con su valentía y comenzamos a platicar. Se presentó ante mí por segunda ocasión, ya que, como de costumbre yo no solía poner atención en los nombres y menos en el de él, su nombre era José Carlos, vivía junto con su madre en una población cercana a Pátzcuaro, y en un corto periodo nos habíamos convertido en buenos amigos.

Se acercaban las vísperas de invierno, en la preparatoria acostumbraban a realizar eventos cuyo fin era obtener fondos para los más necesitados de la población. En aquella ocasión... yo participaría bailando ante el público. Los representantes del grupo se dieron a la tarea de cambiar mi imagen, me maquillaron, peinaron, e hicieron de todo. Como todo hilo rojo, atrapada por la sencillez de la inocencia, sin cesar lo busqué por todas partes sin encontrar su presencia ese día. Más tarde, al tocar mi número en el espectáculo, apareció como solo él sabe hacerlo, apoyándome con un cartel en el que decía: preciosa, eres la única; la mejor.

En ese glorioso momento comprendí que lo que estaba pasando en mi corazón no eran sentimientos de una simple amistad, y eso en gran parte comenzaba a gustarme tanto como a asustarme. Al terminar mi número, fue inolvidable, él y yo bailamos por el resto del evento mientras acariciaba su sedoso cabello negro.

A la mañana siguiente, siendo precisa, un viernes dentro de la escuela, José Carlos me tomó del brazo llevándome hacia la parte trasera, yo no comprendía que sucedía con exactitud, pero... presentía que sería algo bueno. Llegando al jardín, nos sentamos debajo de un robusto árbol de sombra. «Nunca olvidaré ese armonioso momento en el que fui inmensamente feliz».

Después de varios minutos de absoluto silencio, le pregunté qué es lo que pasaba por su mente, a lo que solamente contestó:

—«Ana Catalina, ¿Quieres ser mi novia?».

¡Ah! Sin esperarlo, quedé atónita de la emoción. Así transcurrieron cinco más, con la garganta enmudecida cubriendo de hielo todo mi cuerpo, hasta que por fin le pregunté:

—¿Por qué?

José Carlos comenzó a contarme que un día anterior al evento, se había dado cuenta que estaba enamorado de mí, el hecho de verme arreglada, contenta y bailando, lo había impactado, por fin estaba convencido de que yo era a la única persona que podría amar, sin importar cuántas veces pudiera reencarnar.

Recuerdo que mi tiempo se detuvo al igual que mi corazón, no tenía ni la menor idea de qué contestar, simplemente quería gritarle un «sí, acepto» pero me era imposible, por una parte, mis padres nunca lo aceptarían por sus creencias, pero, por otro lado, estaba yo, con la sensación de envolverme en el manto de este amor desmesurado.

Estuvimos alrededor de dos horas, callados contemplando nuestra esencia bajo aquel árbol de color cereza. Posteriormente por fin procedí a responderle:

—José Carlos, acepto ser tu novia. Caminando a tu lado no tendré temor de ser quien soy.

Todo fue hermoso en ese momento, mas ignorábamos el brutal problema que nos rodeaba, «mi familia» quienes nunca me dejarían salir con él, no lo aceptarían jamás, por lo tanto, llegamos a la decisión de tener una relación a escondidas, juntos, los dos con nuestro amor...

Nuestro amor era maravilloso, era un amor sincero, puro, limpio. Amor como el nuestro... no creo que existiese en el

universo entero. Sonreíamos, jugábamos, charlábamos sobre cualquier cosa que nos viniera por la mente. Era tan feliz, que le di gracias a Dios por desviarme del camino de ser religiosa.

Todo iba viento en popa, hasta que por alguna razón no pudimos hablar en la escuela, supongo que José Carlos me extrañó tanto como yo a él, que incluso ese mismo día por la tarde se presentó en mi casa, con el viejo pretexto de hacer un trabajo en equipo; como de costumbre mi cuerpo temblaba de los nervios, así que salí a recibirlo, infortunadamente mis padres iban llegando en ese preciso momento de viaje, aparecieron justo en el instante en que yo me encontraba de pie en la banqueta de la puerta. ¡Es indignante! nunca, nunca, nunca, dijeron por lo menos un: «buenas tardes» simplemente voltearon a ver a José Carlos con cierto desprecio.

Hay situaciones que nos marcan sin dejar huella. Cuando entraron, me llamaron desde la sala; se habían dado cuenta de que él no estaba en mi casa por un trabajo sino por algo más, así que me dijeron que lo corriera, que no estaba a mi altura, que era un pobre diablo, feo y moreno, que no valía nada, que con alguien así, no llegaría a ningún lado. Me amenazaron diciendo que, si no lo echaba yo, lo harían ellos y de la peor manera.

Para mi fortuna o maldición no hubo ninguna necesidad de hacerlo, José Carlos había escuchado todo, tomando consigo la decisión de retirarse en silencio, decepcionado como la niebla densa entre espinas con hielo en su orgullo innato.

—¡No!¡no!¡no! ¿Por qué me hacen daño?, ¿qué será de mí ahora sin él a mi lado?

—¡Regresa!, no me dejes. Fueron palabras tristes que me acabaron atravesando una daga en el pecho.

Ese era nuestro último día de clases, se habían llegado las vacaciones de Navidad. No logré despedirme de él, mucho menos decirle «lo siento», «discúlpame».

En cuanto a mis padres no hay mucho que decir, actuaron como si nada hubiese sucedido, no les importó el daño que me causaron al lanzarme al abismo de mi perdición, creyendo que no era más que un berrinche de niños tontos. En cuanto a mí, torpemente dejé partir al amor de mi vida. No fui capaz de luchar por él, no supe brindarle su lugar, no supe defenderlo. Se fue sin decir adiós, que tonta fui al dejar manipularme, fui una cobarde.

—Me ha abandonado mi primer gran y único amor.

—¡Dueles demasiado José Carlos!

—Mi familia no tiene corazón...

CAPÍTULO 3

NAVIDAD SIN TI

Se acercaba la gran noche de Navidad, mis padres organizaron una distinguida fiesta, todo lucía perfecto, todos con sus caritas felices, en cambio, yo... yo no lo estaba, me invadía una tristeza enorme, no pude contenerme y salí corriendo hacia las calles sin parar, hasta cansarme y quizás obtener el milagro de perder la memoria.

Volví a casa de madrugada, todos los invitados festejaban, mientras tanto, yo solo me dirigí hacia mi recamara, cerrando la puerta bajo llave y arrastrando mi espíritu en penumbra por el dolor y la impotencia que guardaba dentro, comencé a llorar. «No me da vergüenza aceptar que lloré como nunca en mi vida hasta el amanecer».

Cuando tomé la decisión de salir de mi recamara, mis padres me llamaron al comedor, para variar ya nada me importaba, así que los escuché con mucha atención. Me sentía como si yo solamente fuese un títere al que todo el mundo tiene el derecho de mover de un lado a otro. La vida me tenía preparado un destino diferente, mis padres me anunciaban un matrimonio arreglado con un heredero hacendado, fino, educado y, con un brillante futuro por delante; dicho suceso se llevaría a cabo al terminar el ciclo de preparatoria.

Por más increíble que fuese la situación, incliné la mirada diciendo:

—¡Jamás!, ¡jamás!, ¡jamás!, ¡jamás!, no lo haré, no renunciaré al amor, a mi felicidad solo por sus intereses.

Recuerdo bien a mi padre decir:

—«Mientras vivas bajo mi techo, tendrás que acatar lo que te dictemos tu madre, tu hermano y yo, si no te parece ahí están las puertas abiertas, pero... si la llegas a cruzar, es mejor que no regreses».

Nunca fui lo suficientemente fuerte para enfrentarme a ellos, inútilmente, callé bajando la mirada, tenía tiempo de sobra para pensar en alguna pronta solución, total, aún faltaban algunos años.

—¿Dónde estarás ahora amor mío?

Al transcurrir algunos días, antes de regresar de vacaciones, no contaba con las fuerzas suficientes para seguir, casi no comía, no dormía, pero... sin embargo, tenía que hacerlo, no solo por las obligaciones para con la escuela, sino porque tenía que luchar, sí, luchar por lo que me importaba; «el amor de José Carlos».

«Por fin hemos regresado a clases, no importan ya las advertencias que me hayan hecho mis padres, lo buscaré en el salón y al fin hablaré con él, tendrá que escucharme, no puede catalogarme como si yo también fuese un ser sin sentimientos; como si yo tuviese un corazón de acero».

—«Lástima, falló lo planeado, él no llegó a tomar clases, tendré paciencia, mañana será otro día; todo es cuestión de esperar y no darse por vencido ante el menor obstáculo».

—«No comprendo, ¿Qué pasa contigo?, no has acudido a la escuela».

—«Hoy es jueves, ojalá que hoy sí llegues, aunque pasan las horas y nada, no hay rastro de tu persona. Mañana es viernes, habrá suspensión, no sé qué hacer, no sé dónde vives, ya no sé nada. Solo queda esperar».

—«Una vez más es lunes, nuevo inicio de clases. Por favor, Dios, que él esté ahí, te lo pido por favor».

Recuerdo bien que llegando a la escuela sentía una tristeza arrebatadora, entraba cabizbaja, con la voluntad perdida, a punto de perder las esperanzas.

Entrando al salón, escuché su voz, era un milagro, nuevamente ahí estaba él hablando con nuestros compañeros. No sabía bien cómo acercarme, aun sabiendo que yo no había tenido nada que ver con la decisión de mis padres de aquel día, tenía miedo a ser rechazada, tan solo de pensarlo no podría soportarlo, tal vez era mejor no decir nada, mi mente no dejaba de dar vueltas y vueltas, en fin, así ocurrió, por un tiempo... no nos hablamos más, no sé si por resentimientos, cobardía, o por un maldito orgullo de los dos.

Avanzan los días muy de prisa, seguimos igual, «no pasa absolutamente nada», cada quien, por su lado, sumergidos en nuestro ensombrecimiento. Si por alguna razón nos toca trabajar en equipo, preferimos separarnos. Eso tal vez era lo mejor en su momento, sin importar todo el sufrimiento que llevásemos dentro clavado los dos en nuestra alma. Pero con eso y más, no perdía las esperanzas, pues en ese instante, de alguna u otra forma sabía que todo en esta vida pasaba por alguna razón. «Un poco ilusa quizás».

Entre la convivencia con nuestros compañeros de clases acudíamos a pequeñas reuniones, pero ni siquiera ahí nos dirigíamos la palabra, en algunas ocasiones, recuerdo bien, que nuestros amigos deseaban unirnos, pero ¡Qué va! Seguíamos

siendo dos adolescentes donde lo que prevalecía era el orgullo, mismo que estaba dañando nuestras vidas.

Quería olvidarlo, eso era preferible a seguir sufriendo, no concebía que la vida fuese tan injusta con nosotros; en ocasiones llegaba a pensar que era mejor hacer de cuenta que nunca lo había conocido, que todo ese cuento de hadas había sido tan solo un sueño de niña y nada más.

Era difícil pasar cinco días a la semana mirándolo, queriéndolo en silencio, con el ímpetu de abrazarlo, tratando de gritarle que aún lo amaba; pero a pesar de todo trataba de mantener la calma, por lo menos así, mis padres no lo molestarían más. Creo que era mejor sacrificarse por amor, admirarlo a la distancia, feliz y tranquilo, a tener que verlo a mi lado; siempre con temor a ser atacado en el más inesperado momento por esa jauría de lobos carentes de calidad humana.

Sin más, ni menos, avanzó el tiempo, cada vez más inhóspito, raro, desierto. Ha concluido nuestro primer año de preparatoria, como consecuencia a ello realizamos una pequeña fiesta de despedida con los compañeros del grupo. Tenía unas inmensas ganas de despedirme de él, dejarme perder entre sus brazos al ritmo de la luna llena, con su mundo y el mío paseando entre nebulosas y sumergiéndonos en un gigantesco agujero negro. Desdichadamente no pude, no me atreví, no sabía si él regresaría el próximo ciclo, ignoraba prácticamente todo, no obstante, tenía la certeza de una sola cosa, de mi amor y, de la firme convicción de volverlo a ver. En ese momento pedí un deseo, anhelando que el tiempo se detuviese, y que toda la multitud desapareciera, para estar solamente nosotros dos, bailando juntos como aquel grandioso día del evento imposible de borrar.

Yo era consciente de la realidad que nos embargaba, ya nada dentro de ese limbo era posible, no me quedaba más que la fe de pedirle a Dios porque le fuese bien.